



D. CARLOS MARIA ISIDRO DE BORBON.



ay personajes en nuestra historia, tanto antigua como moderna, que aun cuando en sus nombres vaya envuelta una idea desagradable ó un recuerdo horroroso, no por eso, á nuestro juicio, deben desecharse por el escritor que se propone consignar todos los hechos ruidosos con relacion á los individuos que los promovieron. Entre los antiguos es tan digno para nosotros de la prensa, Atila, el azote de Dios, como el emperador Augusto, el protector universal de los ingenios de su época. Como que el historiador no se propone mas que consignar sucesos, y como que estos sucesos con muy pequeñas variaciones, son siempre los mismos en la marcha de los siglos, de ahí es, que esas mismas inmoralidades, esas páginas sangrientas, detestables, sirven como un espejo para ver reflejado el corazon del hombre, y poder sacar la consecuencia, que en casos dados se saca con el cálculo ayudado de la razon. La experiencia es siempre el fanal que alumbra en el escabroso y oscuro terreno de la vida, y la falta de es-

ta es el escollo donde se estrellan y fracasan los deseos de los que no reflexionan al poner en obra un pensamiento arriesgado; pues bien, la historia, esa série de hechos inconexos, estraños, maravillosos, es la única que puede hacernos ver ese *mas allá* que buscamos, ó que debemos buscar, para no vernos burlados en nuestros planes, y para no ser víctimas de la acaloracion de nuestra mente ó de la maldad de otro hombre.

Tan firmemente creídos estamos nosotros en las ideas que envuelven las líneas anteriores, que nos hemos propuesto en el tomo del Semanario correspondiente á este año, presentar á nuestros lectores una série de biografías exactas de hombres, célebres ya por sus virtudes y rectas ideas, cuanto por sus delirios y perverso corazon: procuraremos que el bosquejo de estos últimos sea pálido, breve, porque no ignoramos que aun cuando nuestra actual sociedad es inmoral hasta un punto inconcebible, tambien conocemos que tiene el imperdonable delito de ser hipócrita, y afectar una pureza tan ridícula y mal entendida, como fanática y risible es la máscara bajo la cual esconde la deformidad de sus facciones.

AÑO X.—22 DE JUNIO DE 1845.

25

Desde luego podemos anunciar, que la mayor parte de las biografías serán contemporáneas, y que abarcaremos tanto al poeta como al letrado, al militar como al diplomático, dando siempre los retratos exactísimos de los personajes que delineemos. Hoy empezamos por una notabilidad política, cuyo nombre, que iba olvidándose, ha vuelto á la arena de la discusión con un manifiesto, que no calificamos porque no es de nuestra incumbencia.

El hijo segundo de Carlos IV, y de Maria Luisa, Carlos Maria Isidro de Borbon, nació en Aranjuez el 29 de Marzo del año de 1788. Fué confiada su educacion moral á los padres Scio y Bencomo, y la militar al general Maturana: recibiendo últimamente, y despues de completas ambas, por directores al Marqués de Santa Cruz y al duque de la Roca.—Al poco tiempo de salir D. Carlos de la tutela y de sus maestros, acaecieron los hechos que dieron por resultado la cautividad del último Fernando. Durante esta época, el infante demostró su carácter fuerte y permaneció con su hermano en Valencey, hasta que en 1814 volvió á España.

Encomendado en aquella época el gobierno á hombres liberales, determinaron estos que Fernando no recobrase sus derechos hasta tanto que jurase el código de 1812 en el seno de la asamblea nacional. Entonces fué cuando D. Carlos, ya efecto de la educacion que recibiera, ya de sus propias convicciones, se declaró acérrimo enemigo de los que presentaron aquella proposicion, mirando con horror la nueva ley fundamental. El carácter de D. Carlos era una mezcla de orgullo y modestia, que no sabemos hasta que punto conservará en la actualidad, pero que debe, á no dudarse, haber dejenado, porque todos los jénios violentos decaen necesariamente de la altivez con que se presentan. La principal inclinacion de este personaje fué siempre afectar un misticismo, que verdadero ó no verdadero, ha sabido siempre conservar, fascinando á unos y admirando á otros. Tal vez esta inclinacion pudiera haberse convertido en provecho suyo y de sus súbditos, si mejores lados le hubiesen cercado, pero el arzobispo de Cuba antes, y despues los infinitos palaciegos que han aspirado á su favor, le han hecho poner un velo delante de los ojos, que le ha perjudicado muchísimo. Sin embargo, ha habido y hay un partido en España, que le adora con frenesí, y que siempre está dispuesto á perdonarle cuantos defectos le haga cometer la flexibilidad ó la imprudencia; este partido es el realista fanático.

El 29 de Setiembre de 1816 casó D. Carlos con D.^a Maria Francisca de Asis, hija de D. Juan VI, rey de Portugal, de cuyo enlace nacieron D. Carlos Luis, D. Juan Carlos y D. Fernando.

Muerta en Mayo de 1829, sin sucesion, la tercera esposa de Fernando VII, D.^a Maria Josefa Amalia, creyeron los absolutistas que podrian renacer sus esperanzas; pero bien pronto fueron desvanecidas por la infanta D.^a Luisa Carlota, que haciendo traer de Nápoles el retrato de su hermana

D.^a Maria Cristina, y agradando al Monarca, casó la hija de Francisco I con el rey de España.

Desde esta época los dos partidos que habia, por decirlo así, delineados en nuestro suelo, arrojaron el guante, y se lanzaron en la pelea. Los afectos á Cristina y á las libres instituciones, representados muy dignamente por D. Juan Guisálba, hicieron que apenas se supo el embarazo de la reina, se aboliese la ley sálica, establecida por Felipe V en 1713, si bien tuvieron que luchar con el carácter irrevocable de Fernando, y con las sujestiones del Ministro de Gracia y Justicia D. Francisco Tadeo Calomarde. El 29 de Marzo de 1830 se publicó solemnemente la pragmática sancion que prevenia se observase, guardase y cumpliese perpétuamente la ley 2.^a, título 13, partida 2.^a

Volvieron de nuevo las intrigas de los partidarios de D. Carlos, cuando el rey en 1832 se vió atacado tan violentamente de enfermedad en el real sitio de S. Ildefonso, llegando hasta el punto de lograr que Fernando derogase la pragmática, y restableciese la ley sálica, si bien con la condicion de que no se publicase su voluntad hasta despues de muerto él. Pero noticiosa de todo la Infanta D.^a Luisa Carlota, atravesando en cuarenta horas la distancia que media desde Sevilla hasta el real sitio enunciado, abogó con tanto valor por la causa de los liberales, que hizo anularse Fernando cuanto habia hecho, que cayese el ministerio, y que Calomarde fuese desterrado. Habilitada D.^a Maria Cristina por su esposo, para el despacho de los negocios, fué preciso aprovechar los instantes, y entre otras determinaciones se tomó la importante del decreto de amnistía, que abrió las puertas de la patria á infinitos españoles que jemian en tierra extranjera. Poco despues, y al llegar á la corte Cea Bermudez, publicó aquel célebre manifiesto que esponia la línea de conducta que habia de trazarse para el porvenir.

Comenzaron de nuevo las turbulencias absolutistas, de resultas de la cual fué arrestado el conde de Negri, gentil hombre de D. Carlos, y desterrada la princesa de Beira, hermana de la muger de aquel infante. Tal vez para alejar de sí este toda sospecha, ó para tener mas libertad en sus planes, solicitó acompañar á su cuñada con su familia á Portugal, lo cual les fué concedido por consejo del Ministro Cea Bermudez, saliendo todos de la corte el 16 de Marzo de 1833.

Determinóse despues celebrar la jura solemne de D.^a Maria Isabel como princesa de Asturias, y aun cuando mediaron largas y románticas epístolas entre Fernando y su hermano, se celebró esta el 20 de junio en la iglesia del Monasterio de San Gerónimo del Prado.

El 29 de Setiembre de 1833 á las tres menos cuarto de la tarde, acaeció el fallecimiento de Don Fernando VII, y el 2 de Octubre se publicó su testamento. El 3 del mismo mes levantó por primera vez la cabeza el partido de D. Carlos en Talavera de la Reina, y esto unido á muchos alzamientos,

obligó á la Reina Gobernadora á espedir en 17 un real decreto en el que mandaba embargar todos los bienes del mal aconsejado infante, adjudicándolos al real tesoro, para el cual se nombró comisionado al efecto á D. Ramon Lopez Pelegrin. El 27 de Octubre de 1834 se publicó la ley que escluye á Don Carlos, y toda su línea del derecho de suceder á la corona de España.

Seguir desde este punto la historia de D. Carlos durante la sangrienta lucha que aun recordamos con dolor, nos seria bastante facil; pero no siendo nuestro propósito ni la índole especial de nuestro *Semanario* mezclarnos en cuestiones políticas, renunciamos á trazar un cuadro que podría ser apasionado, y que siempre se resentiria de las convicciones que abrigamos y abrigaremos siempre.

El ex infante D. Carlos, al lanzarse á la sangrienta arena de la guerra civil, ocupaba una posicion especial, desde cuyo punto veia ó estaba en ocasion de ver lo que es para nosotros aun un arcano: por otro lado, recorriendo las páginas de la historia, como hemos hecho en artículos anteriores, el rayo de luz que los últimos reinados han podido arrojar en esta cuestion, nos ha ofuscado mas y mas, llevándonos al terreno de las dudas. Nosotros, salvadas las instituciones que siempre hemos respetado, y por las cuales, aunque jóvenes, estamos resueltos á luchar, al que nos pregunte ó desee saber nuestra opinion acerca de la controvertida cuestion dinástica, ó mas bien *testamentaria*, enseñándole la historia desde el último vástago austriaco, le dirimos, puesta la mano en el corazón, que los hechos, no permiten opiniones sino consecuencias claras.

Sin embargo de todo, la conducta del desterado de Bourges, para nosotros no era procedente ni razonable por el lado humanitario, y aun por el lado de la justicia. Aquellos arroyos de sangre española que aun calientes humean en todos los ángulos de la Península, esa juventud que vemos horriblemente mutilada hacinarse en esos establecimientos, sin porvenir, sin esperanzas; esos pueblos que jimen aherrojados en la miseria, sin hogares, sin pan, sufriendo siempre, siempre las esquiladoras contribuciones, esa industria que á la manera de un feto está por desarrollar en el seno de la madre patria, esos adelantos, en fin, que tanto necesitamos y que desgraciadamente no conseguiremos por ahora, todo, todo, es consecuencia de la tea que D. Carlos arrojó en medio de un país que era digno de ser libre, ó al menos que no debía sufrir las disputas de los que se creían con derecho á sojuzgarle. Esa misma religion que imboca siempre, le marcaba, á nuestro juicio, otra senda, y la historia, principal libro con quien deben aconsejarse los reyes, le hubiera ofrecido ejemplos heroicos, dignos de varones que miran este mundo como el breve camino que nos conduce á nuestro verdadero punto de partida.

¿Qué, pues, ha conseguido el tío de nuestra reina, con haber derramado tanta y tanta sangre? Haber exacerbadado las pasiones, habernos conducido al estado en que la guerra nos ha puesto, y tener por fin, él, que comer el pan extranjero, dado como por compasion, y de vez en cuando dar señales de vida con un grito que nos hiere, que nos lastima, y con todo, compadecemos.

Ahí le tenemos en esa pobre habitacion de Bour-



ges, sin los suyos, mofado de sus contrarios, y ¡dolor causa decirlo! juguete de los caprichos financieros de los extraños, ¡él, él, el tío carnal de la reina de las Españas!

Sentiríamos haber herido alguna susceptibili-

dad, pero crean nuestros lectores que nos hemos violentado bastante al trazar estas breves líneas, porque en medio del horroroso cuadro que nuevamente hemos examinado para refrescar la memoria, hemos visto descollando con todos sus caracté-

res, la figura del proscripto, del desgraciado, del crédulo en demasia, de *D. Carlos María Isidro de Borbon*.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



SOBRE ELLAS ANDO

Son vencidos estamos, mas por la experiencia que por los años, de que *es una necesidad el mentir*, y una necesidad, no en solos los casos que los teólogos la reconocen, sino en todos aquellos, en que sean tantas las ventajas como persiguen de cometer tal pecado, ó aun cuando los segundos sean muchos mas: en el estado actual de la sociedad, nos aventuramos á decir, ¡ojalá fuera una blasfemia! que no se podría vivir, en paz por lo menos, si no se dijeran tres mentiras por una verdad, ó dos lo mas; y para convencernos de si esto es ó no cierto, echemos una rápida ojeada sobre el pueblo de Madrid, porque en él nos encontramos, y si otra cosa creias ser este mundo, honrado lector, ten su verdadero retrato, y no el que tu cándido corazon te haya trazado. Cuenta, mi querido mundo, que te juzgamos lo mismo en todos tiempos con corta diferencia, y cuenta, lectores nuestros, que únicamente os presentaremos por *via* de ojeada, tres ó cuatro ejemplos, aunque en diversos sujetos, clases y asuntos, por no estar escribiendo hasta el fin de nuestros dias, y por no entristecernos mas de lo que estamos, revolviendo desengaños que procuramos olvidar.

Entremos desde luego en el Palacio Real, en la morada de la reina Doña Isabel II, nuestro amor, nuestras esperanzas, pero.... no; sea el régio alcázar el solo sagrado para nuestra celosa cuanto sentida pluma: respeto y cariño eterno á la inocente y bella reina de España; y silencio y lo que quiera exijirnos mas en favor de cuantos la rodeen, porque no se conocen sacrificios, si los exigen personas á quienes se quiere tanto.

La duquesita del Rioso se halla en este momento al tocador; una de sus doncellas le pone un prendido de terciopelo azul oscuro, festoneado de perlas y flores de mano, menudas y ricas, para su tez morena, de un verde claro, y ajada; imposible es encontrar un tocado que la diga peor: sin embargo de que le mira y remira al espejo, pregunta:

—¿Irene, como me sienta este prendido?

—Señorita, está V. E. hermosísima con él; graciosa como nunca....

La duquesita cogió una sortija, y se la regaló á Irene por su mentira; si hubiera dicho la verdad, no hubiera permanecido un dia mas en la casa; así como si no hubiera mentido horrorosamente, tambien cuando á la misma su doncella, le preguntaba por su voz y el efecto de su canto.

—Está V. recomendadísimo al Ministro, Onaila; le dije que era preciso servirme por completo, y me ofreció dar á V. la secretaría que desea.

—Un millon de gracias, mi apreciable D. Martin; no digo ya una palabra á nadie, puesto que V. ha hablado con esa eficacia, y esperamos tan seguro resultado.

A los pocos dias es agraciado el crédulo Onaila con la secretaría que solicitó, por la recomendacion interesada de uno de sus verdaderos protectores; é inmediatamente fué á repetirle su agradecimiento á Don Martin con una escribania de plata que compró al efecto.... siendo así que ni siquiera conocia nuestro buen Don Martin, al ministro de quien aquel obtuvo el destino: ¿sin mentir y con tal lujo, como hubiera conseguido tanto agradecimiento é indudablemente tan consecuente, y tan duradero, sincero y de prueba....?

«Estoy completamente decidida, Julio: mi edad y mi posicion, me obligan á que concluya de jugar con mi suerte: la tuya es tal, no sé tanto como tú, por desgracia; que nos impide, hoy como mañana, legitimar nuestro amor ante Dios y los hombres: tan luego como haya cerrado esta carta, escribiré otra á D. Claudio concediéndole su diaria solicitud, *mi mano*, pero esta mano y este corazon, y esta vida serán como siempre tuyas: ven á la hora de costumbre, te necesita en este dia como nunca, tu amante — Clara.

«á las 10 y $\frac{1}{2}$ del 12 de Mayo de 1839.»

«Llegado es el fin del último plazo que propuse á V., mi tierno y apreciable amigo: y si todavia faltan dos meses para que venga, y asimismo se lo manifesté ayer, fué para sorprenderlo hoy con esta nueva prueba de mi cariño: puede V. disponer cuando guste de *mi mano*; estoy pronta á unir mi nombre al suyo, tan estimado de mí. Esas que V. llama de continuo mis bellas prendas, y que yo sé que ni prendas son, no pueden por tanto hacer la felicidad de nadie; pero tengo una gran esperanza para la de V., y es el amor, que comparable solo en su intencion con el que tiene á V. su dulce madre, le profesa y tendrá eternamente su apasionada — Clara Granados.

«á las 11 del 12 de Mayo de 1839.»

Don Claudio Adali, rico comerciante adoraba y respetaba á su esposa Clara, como la mas cariñosa, bella, fiel, y virtuosa de las esposas: «el modelo es de las mejores,» contestaba cuando se le pregunta-

ba por ella; su dicha era sin par tambien.... infame seria el que le quitase una sola hoja siquiera á la flor de su ilusion; mas en breve de lo que debiera ser, se agostará: ¡y tú, afortunado amante, arroja al fuego la carta que á las 10 y $\frac{1}{2}$ del 12 de Mayo de 1839 te escribió Clara, y las de antes de aquellas fechas, y las posteriores.... para que jamás puedan turbar la felicidad, la paz, ó el olvido de su esposo!!!

.....

Arrojar deberíamos todos al fuego, cuanto nos pudiera recordar la realidad; porque la realidad ha sido y será siempre amarga; ¿pero que nos quedaria? No las ilusiones, porque apenas nacen, mueren; al ir á darle forma al objeto, se disipan; al creer un amante á su amada, vé su ridículo; al esperar llena de alegría la tierna esposa á su marido, lo oye enamorar á la adúltera; al echar su mas bien combinado plan un artesano honrado, la mano del ladrón le arrebató sus economías, y le dá muerte si trata de impedirselo; el labrador que va á calcular el porvenir de sus hijos sobre la tierra, en donde admira el trigo ya próximo á cogerse, una lluvia de piedra se lo arrasa, y le azota ademas la cara.... ¿quién tiene, ni quiere ilusiones...? La realidad al menos, nos sirve de faro, que iluminando con clara luz nuestros pasos, nos evita caer donde caímos. Pero dejemos á un lado el mal humor, como dejamos la capa en un día templado de Enero, y concluyamos con algo que nos distraiga, si podemos.

Salud á vosotros, especie humana actual, la que sino como parte de la segunda especie, como miembros de la primera, sois tan justamente envidiados por quienes en ello piensan: salud clases ricas, queridas, buscadas, mimadas, potentes; siendo sin embargo pobres en muchos sentidos, aborrecidas y maldecidas todos los dias, y despreciadas siempre por vuestra mala educacion y peor conducta: salud á vosotros, *sastres y zapateros del dia*. Si os incomodamos, poco nos importa, porque mas mal del que nos habeis hecho, no nos podeis hacer; si pudiéramos agradaros, nada bueno podíamos esperar de vosotros, porque sois la casualidad misma; por consecuencia, no os tememos en el solo camino por donde podemos encontrarlos.

Estas clases, á las que todo el mundo conoce, mas de lo que quisiera, por una desgracia tan grande cada nuevo dia, como pesada cada nuevo dia y cada nueva noche, inútil es que las describamos ni poco ni mucho; por lo mismo, diremos únicamente lo que hemos sabido, respecto de la promesa que hacen al ingresar en el oficio.

Gracias al espíritu de adelanto é investigaciones del siglo, se ha descubierto que todos los sastres y zapateros, al entrar de aprendices, primer escalon de los tales oficios, prometen solemnemente ante sus respectivos maestros, «que jamás y por ninguna causa dirán verdad en lo relativo á su arte;» cuya promesa es cumplida tan al pie de la letra, por todos, que nos ha asustado el relato de los

castigos que les imponen al que la olvida ó no es fiel á su cumplimiento. Con semejante averiguacion explicado queda, el por qué piden dos varas de paño necesitando una; por qué no concluyen la obra que hacen, cuando lo ofrecen; por qué no complacen jamás al infeliz que cae entre sus manos, puesto que aseguran eternamente lo contrario; por qué dicen que cortan de moda; por qué exigen tanto dinero por su trabajo; por qué aparecen tan serviciales; por qué, en fin, no nos entienden nunca.

Una sola escepcion hemos visto por nuestra parte; pero escepcion que no prueba lo que ella significa; por qué en el fondo del asunto se mentia; porque si con las palabras se decia verdad, no con el sentido que necesariamente debia darle aquel á quien iban dirigidas.

Era el caso; que un amigo nuestro tenia la costumbre de aborrecer las botas cuando principiaban á envejecer, ni mas ni menos que como acontece á muchos maridos con sus mugeres, y al contrario; pero en cuyo estado se podian todavia usar por algun tiempo; no solo sin romperse, sino sobradamente decentes: por lo que quiera que sea, ello es que tenia la tal manía, mejor que otras sin embargo, y en cuanto se cansaba de unas botas, las mandaba á casa de su maestro zapatero; este tardaba bastante de ordinario, en devolver remontado el par de botas que recibia; pero en una ocasion tardó tanto con unas, que nuestro amigo fué en persona á visitar al discípulo de S. Crispin.

—¿Y las botas? le dijo.

—*Sobre ellas ando*, Sr. D. José.

—Válgame Dios, maestro, la misma contestacion le ha dado V. á mi criado ocho veces, y aun no las tengo.

Volvió á los cuatro dias á pasar, y le preguntó lo mismo, obteniendo por toda respuesta:

—No tenga V. cuidado, Sr. D. José, dentro de tres ó cuatro dias las tiene V. de seguro; *ando sobre ellas, é infaliblemente las concluyo antes del jueves*.

Asi era realmente; para el jueves contaba con que se habrian roto, y entonces se las quitaria de sus pies, en donde las colocaba desde el momento que D. José le mandaba sus botas para que se las remontase.

Lo mismo hace la sociedad: cuando sus individuos no dicen mentira, la verdad está solo en lo material de la palabra; el sentido es mentira, mentir es la intencion! si esta no impulsa á hablar á nuestros labios en una ocasion dada, acostumbrados ya aquellos á hacerlo, dicen tambien mentira, contra el deseo de nuestro corazon en aquel instantell


LUIS ALARCON Y FERNANDEZ TRUJILLO.



EDITA, LA DEL CUELLO DEL CISNE.

BALADA.

I.



Esta es la hora en que el aire se puebla de ligeros fantasmas; esta es la hora en que los géneos del mal cruzan en todas direcciones para ir á reunirse en misteriosos conciliábulo; esta es la hora en que susurran las flores y las hojas de los árboles, mecidas suavemente por el viento de la noche; esta es la hora en que sombríos vapores se elevan de los lagos y murmullos deliciosos de los ríos... esta es la hora!... media noche!

Reina por dó quier universal silencio, el silencio de las tumbas. El viento gime melancólicamente entre los árboles, y las ligeras hojas al chocar entre sí forman sonidos misteriosos, remedo de humanas voces. Un himno de gracias entonan las cosas creadas al Criador, pero ese himno que elevan los susurros de los árboles, los murmullos de los ríos, los perfumes de las flores y los vapores de los lagos en lenguaje desconocido, no nos es dado á nosotros el comprenderlo...

Esta es la hora en que la naturaleza se duerme y los espíritus de las tinieblas se despiertan. Esta es la hora en que el ruido de los torrentes y cascadas despeñándose desde prodijiosa altura, ahogan la gritería de los brujos reunidos en el sábado. Esta es la hora en que vemos cruzar misteriosas sombras por los espacios, en que oímos sonidos incomprensibles remediando voces humanas, sin acertar á comprender cuyas son esas sombras que se agitan y esas voces que se oyen.

Esta es la hora en que el alma abatida necesita un corazón que comprenda sus penas y sepa aliviarlas con el bálsamo de la dulzura. Esta es la hora en que nuestros ojos vagan errantes mirando solo un horizonte de sombras y un mar de tinieblas, escuchando el letárgico sueño en que yace el mundo y reconociendo una mano invisible que estiende sobre nuestras cabezas estas misteriosas tinieblas que en su lenguaje desconocido nos dicen: *Creed y dormid*... del orar y el sufrir esta es la hora... ¡media noche!

II.

¿Qué monumento es aquel situado en la cumbre de un monte, y cuyo pié besan las aguas de un impetuoso torrente, que á poca distancia se precipita por entre escabrosas rocas, hasta llegar al fondo del valle donde vuelve á continuar su apacible curso?... ¿Es acaso una fortaleza ó un convento? ¿Es la morada de hombres piadosos cuyas preces se dirigen solo al eterno, ó la habitación de bravos guerreros que no entonan mas que cánticos de guerra?... Nada de esto. Es una abadía medio arruinada,

y en cuyos salones no resuenan ya las preces de los monges, sino los gritos de los cuervos y lechuzas.

Un montón de ruinas y escombros hacinados unos sobre otros, he ahí lo queda de la antigua abadía de Novedstall. ¡Esos escombros cuántas virtudes han contemplado, cuántos crímenes! Cuántos sábios habrán dado al mundo, cuántos hombres venerables á la iglesia!

Al descubrir el viajero unas ruinas se descubre y las saluda, porque unas ruinas son un libro cuyas páginas están abiertas para lo pasado y cerradas para el porvenir; unas ruinas tienen algo de venerable como la vejez, pues recuerdan tristemente lo pasado, observan con frialdad lo presente y su sereno estoicismo no teme el porvenir.

Al descubrir unas ruinas, qué de recuerdos!... qué de melancolía!... Son un amalgama confuso de crímenes y heroicidades, de proezas y cobardías, de vicios y de virtudes... ¿Quién sabe si sus escombros han sido mansion del crimen ó de la gloria?... ¿Quién sabe si han dado hombres ilustres al mundo, valientes á la historia ó héroes al teatro?

La abadía de Novenstall está siempre rodeada de una niebla espesa, formada por los vapores de los lagos y que casi la oculta á los ojos del observador. ¿Temerá acaso descubrir sus escombros á la vista de los hombres, ó querrá cual desconsolada viuda cubrirse con el manto del dolor para que el mundo no tribute sarcasmos y desprecios á las lágrimas que consagra á sus recuerdos. ?

III.

Pero esas ruinas no están del todo abandonadas. Un torreón se mantiene aun en muy buen estado, y una luz se vé brillar en ese torreón. ¿Quién habita allí?

Una voz melodiosa, mas dulce que el susurro de las fuentes, mas blanda que el murmullo de las flores, entona melancólica cantiga acompañada del bello laud de los amores. ¿Cuya es esa voz?

..... La estrella de la noche, la reina de las tinieblas está absorta y escucha mis cantigas.—La noche ha tendido su manto de sombras sobre los mortales, y silenciosa escucha mis preces.—Yo las preguntó: ¿dónde está mi amante?... y el silencio es su respuesta.

Veo que sombras misteriosas vagan á mi alrededor.—Oigo el graznido del buho que canta la tristeza de la noche.—El aura silenciosa ajita mi negra cabellera.—La lechuza estiende sus alas y revolotea en rededor de la lámpara que alumbra triste mi estancia.—Yo las pregunto: «¿dónde está mi amante?...» y el silencio es su respuesta.

Cuando nace la risueña aurora colorando las flores de los campos y los árboles de los bosques, las flores y los árboles mueven alegremente sus hojas, pareciendo darla gracias por haberles libertado de

las tinieblas que pesaban sobre sus cabezas. —Entonces yo pregunto á la aurora: «¿dónde está mi amante?...» pero la aurora permanece muda á mis preguntas.

IV.

El canto de la joven se ha interrumpido, porque se ha abierto la puerta de su estancia, para dar paso á un guerrero de hermoso semblante y aguerri dos ademanes. Edita ha dejado caer de sus manos el laud y ha corrido á abrazar al guerrero.

—«Harold, Harold, bendito seas. Te has acordado al fin de tu Edita y has venido á prestar dulce solaz á la pobre prisionera.

Harold abraza con transporte á Edita, é imprime sus labios de fuego en el nevado cuello de su amante. Al cabo de algunos instantes de amorosas que relas, Edita observa la melancolía impresa en el rostro de Harold. En efecto, las respuestas del guerrero son amorosas, pero frias, tiernas, pero lacónicas.

—«Harold, mi dicha, mi amante, estas triste y las caricias de tu Edita no bastan á borrar de tu hermoso rostro el sello de melancolía que en él se imprime. Dime; ¿qué te aqueja? ¿qué te entristece?

—Fuerza es ya que te lo diga, mi Edita, debo partir. Guillermo el Bastardo, ese orgulloso normando, se ha atrevido á presentar pretensiones á la corona de Inglaterra, y piensa su necia vanidad obligarme por medio de la fuerza á abandonar el trono que me pertenece. Sus tropas han pisado ya el territorio Sajon, y es preciso que yo mismo marche al frente de mis guerreros, para impedir que los normandos se apoderen de mis ciudades.

—«Parte en buen hora, Harold; que nunca impida tu marcha el amor, si el honor te obliga. Yo aquí esperaré tu vuelta: rogaré al Dios de los combates para que proteja tu existencia, pues que tu vida es mi vida, y tu muerte causaría mi muerte.

—«Oh mi Edita!... Me aqueja un negro presentimiento. Mil veces he arrostrado y desafiado la muerte; mil veces se me ha visto combatir entre millares de muribundos, disputando á la muerte la presa que ya creía segura, pero ahora la temo porque conozco que es horrible morir sin contemplar tu semblante, sin reclinarme mi sien sobre tu seno, y sin que recibas el postrer suspiro de tu querido Harold. Oh mi Edita!... Ayer noche un cuervo se posó sobre la ventana de mi aposento, chilló tres veces, y luego batiendo sus negras alas se lanzó á los aires, arrastrando en pos de sí una multitud de aves nocturnas que revoloteaban á su alrededor. Este es un presajio funesto, malhadado agüero que me anuncia cercana la hora de mi muerte.

—«Oh Harold!... no temas; si lanza enemiga te hiere en el combate, Edita te seguirá, porque tu vida es mi vida y tu muerte causaría mi muerte.

V.

Harold murió!... murió en el campo de los valientes; murió en el campo del honor y de la gloria... Harold murió! Lanza enemiga hirió su pecho, y cayó confundido entre el polvo, regado ya por la sangre de sus valientes. El orgullo normando abatió la altivez sajona, y Hastings, la memorable jornada de Hastings encierra la tumba del honor sajón.

Pobre Harold!... Tributemos un recuerdo á su memoria!...

Edita se adelanta con paso rápido, y su lijera planta huella las frentes de los guerreros sajones tendidos en el campo. Edita, llamada la del cisne por la blancura de su seno, encuentra por fin el cadáver de su amante, y tendiéndose junto á él une sus rosados labios á las pálidas y frias mejillas de valeroso guerrero.

—Oh Harold!... no temas; si lanza enemiga te hiere en el combate, Edita te seguirá, porque tu vida es mi vida, y tu muerte causaría mi muerte.

VICTOR BALAGUER.



POESIA

A LA TORRE DE LÓIZAGA (1).

Un siglo sobre otro siglo
con una mano amontona
el despiadado Saturno
que sobre ruinas se encorba,

Y al par que con una mano
de siglos al mundo agovia,
sus hijos devora, asiéndolos
astutamente con la otra.

Montañas, templos, ciudades,
y oveliscos se desploman
al rudo incansante empuje
de su mano poderosa.

Mas tú, gigante torre,
sentada en la enhiesta loma,
al tiempo audaz desafías
y en tí las iras se embotan.

En vano los huracanes
desencadenados soplan
en tu derredor, en vano
tus altos muros azotan;

A sus embates resisten
tus pardas almenas góticas,
y así eslabonando siglos
triumfos también eslabonas.

Mil veces te he comparado
con una reina orgullosa,
que en alto trono sentada
de omnipotente blasona.

(1) La torre de Lóizaga ó sea del Concejueto se halla en el pueblo de Galdames en las Encartaciones.

Por trono tienes la cumbre
donde te alzas magestuosa
y tus gigantes almenas
constituyen tu corona.

Vasallo tuyo es el pueblo
que humilde á tus pies se postra,
y tiembla si te dirige
su mirada respetuosa.

— Momentos hay en la vida
de incertidumbre y zozobra,
en que esperanza impetramos
y á nuestros ojos no asoma.

De nuestra pasada dicha
la casi olvidada crónica
con avidez repasamos
y así el pesar se aminora.

Oh! cuántas veces yo, torre,
con mis recuerdos á solas,
reparo los bellos días
en que descansé á tu sombra!

Entonces el pensamiento
en sus alas me trasporta
con vuelo rúido, invisible
á tus estancias recónditas.

Y ante los nobles trofeos
que sus paredes decoran,
se inclina mi altiva frente
y mis rodillas se doblan.

Al recorrer con los ojos
sus esculturas simbólicas,
en mi corazón renace
la noble ambición de gloria.

Y el generoso ardimiento
que tus blasones pregonan,
entonces el entusiasmo
de mi corazón parodia.

Acaso en dorados sueños
¡sueños de esperanza hermosa!
se lanza mi pensamiento
y el alma mil dichas goza.

Mas ¡ay! la dulce esperanza
mi ardiente pecho abandona,
no bien mis ávidos ojos
sobre mi lira se posan.

Porque es escabel pequeño
mi lira doliente y tosca,
para subir á la altura
que el corazón ambiciona.

Y yo no tengo en el mundo
sino esta lira que copia
en sus conceptos á el alma
que el pensamiento destroza.

Oh! cuántas veces de niño
yo revolvi en la memoria
tu antiguo esplendor, que supe
por cien consejos medrosos!

Cuántas veces, aterrado
por tu adulterada historia,
mi rostro escondí en el seno
de mi madre cariñosa!

Y cuántas veces, oh torre!
tendido en silvestre alfombra
osé levantar los ojos
para contemplar tus formas.

Acaso negros fantasmas
juzgué las plantas exóticas
que en vez de bravos guerreros
hoy tus adarves coronan.

Y el viento que en son monótono
en tus aspilleras sopla
quizá remedó á mi oído
humana voz quejumbrosa.

— Pasaron, torre, pasaron
aquellas felices horas...
¡ay! eran harto felices
para no ser presurosas!

Si, torre, que en este mundo
muchas lágrimas pregonan,
que son las desdichas largas
y son las dichas muy cortas;

No espero ya esa ventura.
cuyos recuerdos se agolpan
en mi acalorada mente
dando al corazón lisonjas.

Mas vivo con la esperanza,
de que han de entoldar mi losa
los seculares castaños
que esas colinas entoldan.

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.



MISCELÁNEA.

—El apreciable poeta catalán D. Victor Balaguer, del cual tenemos hablado en números anteriores, ha llegado á esta corte, y tenemos una satisfacción en anunciar á nuestros lectores, que contamos con su colaboración, según verán por el número de hoy, en la linda balada que insertamos.

—Está grabada ya elegantemente, en el acreditado almacén de música de Mascardo, la Fantasia sobre temas favoritos de la ópera *Maria di Rohan*, compuesta por el profesor D. Cristóbal Oudrid, y que con universal aplauso le hemos oído tocar en las sociedades de la Union y el Museo. El Liceo de Badajoz, de cuya sección música era el señor Oudrid director, no podrá menos de lamentar su ausencia, porque es sin duda irreparable.

Remedio contra la hidrofobia.—Según un periódico francés, el siguiente remedio contra la hidrofobia, está de tiempo inmemorial en uso en uno de los pueblecitos de la antigua provincia del Limosin, y en mas de 300 años no hay ejemplo de que haya dejado de ser eficaz, aun cuando haya sido aplicado ocho días después de la mordedura de animal rabioso. Se pulveriza y pasa por un tamiz muy fino ó lienzo, después de haberse secado á la sombra, medio puñado de ruda, otro tanto de trebol silvestre, igual porción de salvia, cinco clavos de especia, medio puñado de sal y otro de corteza de naranja ágría, puesto todo en infusión en vino comun. Durante nueve días consecutivos se aplican diariamente sobre la mordedura cuatro onzas de aquellos polvos en forma de cataplasma, humedeciéndola con vino, y en este período el enfermo toma en ayunas la porción indicada, cuidando de no tomar nada hasta tres horas después. Esta dosis es igual para ambos sexos y todas las edades, pero para el caballo y el buey, debe ser cuatro veces mayor. El mismo periódico asegura, que con tal que la rabia no se haya declarado, produce este remedio buenos resultados, aun después de transcurridos los ocho días indicados.

La facilidad de encontrar los ingredientes que entran en esta composición, permite experimentarla sobre cualquier animal, y recomendamos por consiguiente su ensayo.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.